



1 – El anuncio

La primera noticia que tuve de aquel viaje fue una conversación entre mi padre y mi hermana.

—¡Este otoño yo no voy a ninguna parte! ¡Me quedo aquí! —insistía ella—. ¡Yo tengo otras geografías!

Emily quería ser poeta. Escribía durante horas. Yo estaba convencido de que empleaba toda su paciencia en producir versos y por eso luego no le quedaba ninguna. Ahora la entiendo. Quiero decir que entiendo a aquella adolescente que ya no es. Entonces sólo la evitaba, como ella a mí. Su habitación estaba llena de libros de poesía. Sus cabellos eran de colores estridentes, su ropa oscura. Sus amistades, más bien pocas, deseaban como ella ser poetas.

Aquel otoño, una autora que les fascinaba iba a impartir un taller intensivo en nuestra ciudad. Emily había sido una de las afortunadas en conseguir una plaza, gracias a un poema suyo que había enviado a la organización, tal y como se exigía. Era, explicaba, una oportunidad única.

—¡Única, papá! ¡Única!

Mi padre no respondió.

—El viaje que yo voy a hacer es de introspección —añadió ella—. Mi destino no es el sur.

Papá se encogió de hombros y compuso esa sonrisa con la que zanja las discusiones que a su juicio se alargan demasiado.

—Tú irás donde decida mañana toda la familia.
—Esta familia está loca. ¡Ese viaje es de locos!
—¿A dónde vamos? —pregunté yo.
—Por ahora, a dormir —ordenó papá.
—El sur es muy grande... —opiné, sin hacerle caso—. ¿Alguna pista?
—Ánsares —mi padre extendió los brazos e hizo como que volaba—. ¡Cuac, cuac, cuac!
—La Abuela, ¿verdad? —le pregunté. Sólo podía ser idea suya.
—¡Yo tengo otras geografías! —reiteró Emily—. ¿Y mamá? ¿Qué dice mamá?

—A dormir los dos. Por ahora es sólo una idea. Mañana cenaremos todos con la Abuela y lo decidiremos.

Mi hermana opinó algo acerca de las ocurrencias de la Abuela y se fue a su habitación, probablemente a escribir un poema muy airado.

Mi padre se quedó solo frente a su ordenador, esperando a mamá. Como tantas noches. Le escuché repetir:

—¡*Cuac, cuac, cuac!*

Regresé a mi cama y pensé en aquella gran noticia.

Los ánsares me fascinaban. Había leído varias veces *El maravilloso viaje de Nils Holgerson a través de Suecia*. Me lo había regalado mi Abuela.

Siempre he escrito su nombre así, con mayúscula.



Mi Abuela impone. Es alta, fuerte, de media melena espesa y gris, mirada intensa, rostro hermoso y ese tipo de voz grave y sonora que parece hablarte siempre al corazón. Estaría perfecta como madre del héroe en las películas de acción medieval. Sólo que es demasiado alegre para ese papel. Se toma todo un poco a risa. Como a mí, desde muy joven le fascinó

la naturaleza, y en particular las aves. También a su padre, mi bisabuelo. De su madre apenas guarda recuerdos. Falleció siendo ella muy niña.

Vivían en un pueblo del norte de nuestro país. Alrededor de su casa había bosques, campiñas, una laguna de orillas pantanosas, una cantera abandonada. El mar no estaba lejos. Hija única, le encantaba acudir con su bicicleta a aquellos lugares, sola, con su pandilla infantil, y sobre todo con su padre, a menudo en busca de novedades en forma de animales y plantas. Tuvo una buena infancia, después de la gran guerra. Sus recuerdos están repletos de madrigueras de tejones, nidos de avispas y de pájaros carpinteros, botes de cristal con tritones o ranas, redes cazamariposas, flores secas... Las estanterías del hogar familiar estaban llenas de libros de naturaleza. Los prismáticos de ambos colgaban junto a la puerta como dos cachorros siempre dispuestos a salir. Su padre no volvió a casarse. Su trabajo le permitía disponer del desahogo y el tiempo que necesitaba para su hija, a la que adoraba.

Cuando creció decidió estudiar zoología. Le tocó vivir el ambiente universitario de los años 60. Era una chica formal, sin duda muy atractiva. Me la imagino rodeada de pretendientes. Tuvo una relación larga con uno de ellos, pero acabó de forma repentina y triste para ella. Se licenció con un magnífico expediente. Regresó a su casa. Supo entonces que su padre estaba enfermo. Él no le había dicho nada para no alterar la etapa final de sus estudios.

La Abuela pospuso todos sus proyectos y lo acompañó durante varios años, hasta el final. Él se opuso al principio, pero no tuvo opción. Ella recuerda aquella temporada como una de las más felices de su vida. Según cuenta, mi bisabuelo debió ser el colmo del optimismo. Aún en sus últimos meses, con su salud ya muy maltrecha, salían juntos a observar aves casi todos los días. Iban en coche. La Abuela conduciendo, él sentado a su lado con los prismáticos apretados con ambas manos contra el pecho, prestos a ser alzados. Saludaba a cada ave que veía, sobre todo a los pájaros jóvenes. “Igual ese pobre vive menos que yo”, reflexionaba a veces. Hablaban del pasado, para que ella retuviera lo más importante en su memoria. “Cuida estas historias igual que la casa familiar”, le dijo.

Cada noche, tras apagar la luz, celebraba la vida con un suspiro sincero: “¡Qué buen día ha sido hoy! ¡Y mañana, mejor!”. Conversaron también mucho acerca del futuro. La Abuela se iba a quedar sola. No había más familia. No había tíos, ni primos. Sí algunos buenos amigos, la casa y unos ahorros que bien administrados durarían una temporada. Por el momento, ella no deseaba iniciar una nueva relación.

Cuando todo terminó, regresó a la universidad. Había decidido especializarse en comportamiento animal. Le atraía mucho esa rama, en la que por entonces destacaban ya figuras como Konrad Lorenz o Niko Tinbergen. Su buena disposición, su entusiasmo y su simpatía, y quién sabe si también su belleza, le abrieron muchas puertas. Trabajó en diversas ocupaciones relacionadas con aquello, y con este motivo pasó largas temporadas en Seewiesen, en Alemania, el laboratorio al aire libre de Lorenz, hogar entre otros de una bandada de ánsares y ocas que ha hecho historia, y que a su manera son también parte de este relato. Allí se enamoró de mi abuelo.

Él acababa de obtener una plaza como funcionario y comenzaba a disfrutar de las alegrías de un buen sueldo fijo sin ataduras. También le atraía la naturaleza, pero de otra manera. Aunque durante sus vacaciones y días libres navegaba y hacía montañismo, no había estudiado nada relacionado con ella, sino economía, empresa y derecho.

La siguiente historia se ha contado en cada reunión familiar.

El abuelo llegó a Seewiesen por casualidad. Se había roto una pierna escalando en el macizo del Hohe Tauern, en Austria. En lugar de regresar a su piso en la ciudad tras ser operado, se quedó en un hotelito de montaña en Lienz, leyendo y disfrutando de las vistas. Allí conoció a otro cliente, un ornitólogo que había ido a pasar unos días por las cumbres cercanas en busca de cascanueces, gorriones y acentores alpinos, chovas piquigualdas y águilas reales. Se cayeron bien. Eran de la misma edad. Cenaban juntos. Charlaban hasta mucho después de la medianoche. Aquel ornitólogo le convenció de que le acompañara precisamente hasta Seewiesen, la estación biológica de Lorenz, donde aquella temporada estaba echando una mano como voluntario. El

abuelo aceptó encantado. A las pocas horas, de llegar “me conoció y se enamoró de mi altura montañosa”, contaba la Abuela siempre. Se casaron año y medio después, pocos meses más tarde de que Lorenz, Timbergen y Von Frisch recibieran el premio Nobel.

Mamá nació en seguida, “con prisas desde el primer segundo”. La Abuela decidió aparcar un tiempo su carrera como investigadora para dedicarse a su niña, que sería también única. Ya no la retomó. Prefirió seguir volcada en su pequeña, “quizás porque yo apenas conocí a mi propia madre”. Ni siquiera volvió a observar aves. Su vida se convirtió en urbana. Durante casi tres décadas sólo acudió a la casa familiar muy de tarde en tarde. Hasta que falleció el abuelo. Entonces decidió regresar a pasar cada vez más tiempo allí, sola. Fue un cambio repentino. Se compró una bicicleta y unos prismáticos nuevos, y volvió a salir a ver pájaros.

Para entonces mamá ya había destacado en la universidad por su activismo político, iniciando así esa competición llena de obstáculos en la que todavía sigue. Más tarde conoció a papá. Emily, mi hermana (la llamaré así), nació algo antes del cambio de siglo. Yo un poco después. Ninguno de los dos llegamos a tiempo de conocer bien al abuelo. En cuanto a la Abuela, en mis primeros recuerdos de ella ya se había convertido en la activista medioambiental más hiperactiva del continente. A veces era como si de ella dependiera el futuro de cada mosquitero común.

No voy a poner aquí nuestros apellidos. Ni siquiera nuestros auténticos nombres propios. Tampoco diré de dónde somos. Me da pudor exhibirnos tanto. De esta otra manera, camuflándonos un poco aquí y allá, me siento más a gusto. Es más: pienso que así seré más fiel a lo que nos sucedió. Me refiero a que me sentiré más libre para contarlo.



La noche siguiente nos reunimos todos con la Abuela en un restaurante del centro de nuestra ciudad, un sitio tranquilo con bonitas vistas a la bahía.

Mamá llegó como siempre tarde, disculpándose entre explicaciones a las que ninguno prestamos demasiada atención. Repartió besos, puso su teléfono móvil junto a sus cubiertos, se dejó caer en una silla, se colocó la melena y con una sonrisa todavía algo tensa suspiró:

—¡Por fin! ¡Hacía ya mucho tiempo que no salíamos a cenar todos juntos! —a pesar de sus palabras, daba la impresión de afrontar la enésima reunión de trabajo de la jornada. Su teléfono vibró. No le hizo caso.

—¿Un día duro? —le preguntó papá.

—Últimamente todos lo son. Cada otoño es siempre así...

Llegó un camarero y comenzó a servirnos.

—¿Ya habíais pedido? —se sorprendió mamá. Los demás también, salvo la Abuela.

—Pedí yo cuando hice la reserva —dijo sonriendo, como si aquella fuese una broma encantadora—. Espero haber acertado.

—En mi caso, sí —respondió papá. Y comenzó a devorar el entrante, una ensalada—. Por cierto, ¡gracias por la invitación!

—¡Y por el viaje! —yo llevaba todo el día flotando de ilusión.

—Bueno, eso es precisamente lo que quería hablar con vosotros...

—Pues no esperemos más. Alguno no lo soportaría —mamá me guiñó un ojo mientras se llevaba el tenedor a la boca. Emily me observó con expresión de búho real.

—Lo que os quiero proponer es un viaje que nadie ha hecho. Lo he llamado “La ruta de las aves”, y nos llevará hasta el sur de España.

—Siempre quise conocer Andalucía —papá perseguía un tomate cherry por su plato.

—Mi idea es conocer todos los lugares por los que pasan los ánsares, desde el norte de Finlandia hasta Andalucía.

Estaba claro que mamá y papá conocían de antemano la idea. Continuaron comiendo mientras prestaban atención. Yo creí no haber escuchado bien:

—¿Te refieres a hacer el viaje... completo? Yo pensaba que...

—Eso es. Me refiero a irnos juntos hasta Finlandia y, desde allí, viajar hacia el sur, atravesando Suecia, Dinamarca, Alemania, Holanda, Bélgica, Francia y España. Nos detendremos donde lo hacen los ánsares que recorren esa misma ruta cada otoño, lugares muy especiales por su paisaje y por su riqueza en otras aves.

Aquella era la idea más extraordinaria que yo había escuchado en toda mi vida.

—Pero sobre todo, hay algo más —continuó la Abuela—. Quiero que en este viaje seamos como los ánsares. Que nos portemos como ellos.

Emily depositó con teatral lentitud su tenedor en el plato, se echó hacia atrás en su asiento, cruzó los brazos y dejó la boca a medio abrir, como atascada en una sílaba inaudible. Papá se concentró de repente en su ensalada, como si aquel propósito hubiese sido enunciado en otra mesa. Mamá se limpió los labios con la servilleta, tomó la mano de la Abuela y se la apretó mientras la miraba con intensidad a los ojos.

—¿A qué te refieres? —le preguntó.

—A que viajemos como una familia. Como una familia de verdad.

—Como una familia de ánsares —intervine yo.

—Eso es.

—¿Volando en V? —preguntó Emily.

—¡No, Emily! —para mí aquel asunto era de la mayor trascendencia—. ¡La Abuela se refiere a lo unidas que viajan las familias de ánsares en sus migraciones! El macho y la hembra, que se unen para toda la vida, vuelan al sur y se pasan allí todo el invierno sin separarse de sus hijos. De sus hijos de cada primavera, quiero decir. Bueno, y a veces de hijos anteriores, y de...

Mi padre me miró como si me tanteara, arqueó las cejas y torció la boca rumiando una respuesta. Me callé, expectante. Creí que iba a opinar sobre la idea de tener hijos cada primavera, pero dijo otra cosa:

—Yo creo que nos vendría bien. Desde que la Abuela nos adelantó la idea a mamá y a mí, le he dado varias vueltas —asintió con la cabe-

za según nos miraba uno por uno—. Necesitamos tiempo para nosotros. Mamá, para alejarse un poco de su rutina de urgencias constantes. Vosotros dos, para ver mundo. Yo podría aprovechar el viaje para hacer un reportaje... Tengo una idea al respecto.

Papá es fotógrafo. Fotografía edificios, por fuera y por dentro, para revistas y estudios de arquitectura. Cada dos por tres tiene que pasarse fuera unos días para atender un encargo. Luego se pasa muchos otros trabajando las imágenes en su ordenador.

—Yo... —mamá parecía buscar las palabras—. Está claro que nos vendría bien. Y quizá a mí más que a nadie. Pero tres semanas es demasiado tiempo. Además... ¡Los ánsares! ¿Por qué no hacer un viaje por las capitales de Europa, o por algún país exótico, o...?

Me estremecí.

—Tienen que ser los ánsares —respondió la Abuela con una sonrisa firme.— Y este otoño. Si no, no hay viaje. Y si no hay viaje, acaso no lo haya nunca. Yo ya tengo una edad.

—No es cierto, mamá. Estás perfecta.

—Por el momento sí.

—¿Así que sólo te valen los ánsares?

—Sólo ánsares.

Mamá tamborileó en la mesa con sus largas uñas. Algo que se le pasó por la cabeza le hizo gracia, y se rió para sí. Pero casi en seguida una expresión triste asomó su rostro.

—Este otoño... —dijo—. Justo este otoño... Para mí es complicado disponer de tantos días...

—Siempre lo va a ser —respondió mi padre—. Hasta que los votantes, el partido, la jubilación o algo peor te echen a patadas. Hace años que no te coges un descanso largo.

Fue entonces la Abuela quien apretó la mano de mamá. No se habían soltado.

—Intenta abrir un hueco en esa vida tuya —le dijo—. La familia nos merecemos un tiempo juntos, lejos de todo eso que te tiene tan apartada de nosotros.

—“Todo eso” son responsabilidades, mamá. Compromisos. Proyectos. Y urgencias también, sí. Muchas urgencias.

—Nada que no pueda esperar unas semanas, seguro. Nada que otra persona no pueda resolver. O tú misma desde la distancia, si llega el caso.

El camarero trajo los segundos platos. Cuando se retiró, la Abuela nos explicó todavía algo más:

—Quiero que viajemos como ánsares porque quiero que este sea un regalo mío para vosotros: un viaje juntos para conocernos mejor. Lo pago yo.

Lo soltó así, de repente.

—¿Cómo que...? —papá se puso en alerta.

—Sí. Pagaré yo todo. Todo. Es mi ilusión y mi idea. La ilusión y la idea de una abuela de setenta años.

—Pero eso no...

—Todo lo que os pido a cambio es ese tiempo. Tres semanas.

Mamá miró a papá. La Abuela continuó:

—No os toméis esta parte de mi propuesta como un intento de forzar vuestra decisión. Es que de verdad necesito que sea así.

—¿Cómo podría yo pensar que...? Te agradecemos mucho...

—No admito otra posibilidad. Quiero hacer ese viaje con vosotros. Y quiero ser yo quien lo impulse. Quiero... Quiero llevar a mi bandada hacia el sur este otoño.

—Como Akka... —intervine, recordando de pronto a la hembra que lidera el grupo de ánsares al que se une Nils Holgersson, Akka de Kebnekaise.

—¡Como Akka! —la Abuela volvió a reír.— Tú sí que me entiendes, ¿eh?

El teléfono de mamá vibró. Lo cogió, leyó algo que ensombreció su expresión y lo apagó del todo.

—Cuenta conmigo —dijo con determinación.

De nuevo parecía sentada a una mesa de negociación. Pero de inmediato relajó la mirada:

—Iremos de viaje.
—¡Cuac! —exclamó papá—. ¡Pero ya hablaremos de las cuentas!
—¡Cuac no! —le corregí, entusiasmado.— Mejor *Gang Gang Gang*. En realidad el reclamo de los ánsares es...
—¿CUAC? ¿GANG GANG GANG? —Explotó Emily. Apenas había probado bocado.



La organización fue sobre todo cosa de la Abuela y mía. Aunque ella tenía muy clara la ruta, la compartió conmigo durante varias tardes, confiándome sus dudas y escuchando mis opiniones. Iba a ser un viaje rápido, sin detenernos más que uno o dos días en cada destino. De otro modo, nos llevaría mucho más tiempo del que disponíamos.

—Pasaremos casi volando por todos esos sitios —me explicó—. Nos detendremos sólo para llenar nuestro buche de buenas observaciones y sensaciones.

Yo me sentía flotar. Calculamos juntos las distancias de cada etapa, y comprobamos si los lugares elegidos para dormir serían del gusto de todos. Echamos además una ojeada rápida a las webs de los espacios naturales que íbamos a visitar. Pero sin detenernos en detalles, para que nos fueran sorprendiendo al visitarlos, y evitar así recorrerlos con demasiadas ideas preconcebidas.

También buscamos un vehículo de alquiler en el que pudiésemos viajar cómodamente los cinco, y con sitio suficiente para nuestros equipajes. La Abuela consideró que la mejor opción era una furgoneta con tres líneas de asientos. Yo estuve de acuerdo. Incluso propuse reservar la fila de atrás para Emily, ya que durante esos días no iba a tener una habitación propia en la que encerrarse a escribir. En los hoteles, dormiríamos papá, mamá y yo en una habitación triple, y la

Abuela y Emily en una doble. También hicimos una lista del tipo de alimentos que podríamos llevar con nosotros para improvisar pícnicos, y de lo que nadie de la familia debía olvidar: calzado impermeable, chubasquero, bufanda, guantes...

Mamá explicó que tenía que “dejar muchos asuntos bien atados”, así que se pasó la mayor parte de aquellos días asegurando nudos en despachos, cafeterías y sedes oficiales.

Papá, cada vez más entusiasmado con su proyecto de reportaje, primero lo definió en un documento y después empezó a buscar quién podría comprárselo. Escribió correos electrónicos, hizo llamadas telefónicas y mantuvo varias reuniones. Pero aquellas gestiones resultaron ser muy poco provechosas. “¿Casitas para ver ocas? Con la franqueza que nos debemos tras tantos años de colaboración”, le explicó un conocido suyo que trabajaba en una de esas editoriales, “nuestros lectores son sobre todo gente de alma urbana. Para ellos lo verde es ese envoltorio florido que rodea los edificios. Algunas de las obras que vas a visitar sí parecen originales e incluso atrevidas, pero otras son muy convencionales, y el conjunto de todas ellas puede llegar a resultarles... soporífero. Lo lamento, pero no se me ocurre otra palabra que lo describa mejor. Prueba con quien trabaje otro sector de público. Por ejemplo, los amantes de la naturaleza. O de las aves. Creo que hay mucha gente que se vuelve loca por ver una oca rara. ¡Mucha suerte!”.

Papá no se lo tomó a mal. No es de ese tipo de personas. Lo que hizo fue buscar y encargar varios libros de fotografía arquitectónica más o menos parecidos al suyo. Los estudió a fondo, tomando muchas notas, cada vez más convencido de que su idea era buena. Sentía, dijo, esa intuición creativa que le había funcionado otras veces.

Emily mantuvo hasta la mañana de la partida la esperanza de convencer a mamá y papá para quedarse, y poder participar así en aquel curso de poesía. Aunque aparentaba ignorar los preparativos del resto, los observaba con creciente frustración. Sólo tras el último desayuno antes de partir se decidió a llenar una maleta a toda prisa

y dejarla junto a la puerta, entre la gran mochila de fotografía de papá, su trípode, el de la Abuela y el mío. Desde su teléfono móvil, envió a la organización de aquel curso de poesía la renuncia a su plaza. Para ella empezaba algo muy parecido a una pesadilla. Para mí, un sueño feliz.